

Equilibrio Marital

Augusto Godachevich

(Obra tragicómica en 5 actos para 7 actores)

Personajes:

Miguel —Arquitecto

Julia —Ama de casa

Patricia (Pato)—Profesora de Matemática

Dalila —Actriz

Catalina —Estudiante de arquitectura

Damián —Empleado y escritor

Lucio —Oficinista

Augusto Godachevich / 2006

ACTO 01

(Comedor de una casa antigua. Entran a la casa Julia, Patricia y Dalila. Patricia es quien enciende la luz. Julia es quien abre y cierra con llave. Llegan de una fiesta. Vestidas acorde a la situación. Patricia entra descalza. Lleve los zapatos en la mano. Son las cinco de la mañana. Se van poniendo cómodas).

Dalila —(Sentándose. A las otras dos) ¿Tomamos unos mates?

Julia —Dale. Ahí pongo la pava.

Patricia —Me disculparán, pero yo... me voy a dormir. No me da más el cuerpo. Estoy molida.

Julia —(Desde la cocina) Andá tranquila. Ponete una frazada en la cama que, hoy cuando te cambié las sábanas, me olvidé.

Patricia —Dale, gracias Julia.

Dalila —(A Pato. A modo de pedido) Pato... ¿Por qué no tomás un par de mates con nosotras?

Patricia —No doy más, Dali.

Dalila —Pero es una situación especial. ¿O no?

Patricia —(Entendiendo por donde viene). Está bien. Un par de mates, nada más... (Se sienta. Mantiene la vista cansada sobre la mesa vacía. Bosteza).

Dalila —(Exterioriza el tema que la viene carcomiendo por dentro). ¿Así que esto es lo que se siente?

Patricia —Sí. Viste. Lindo... ¿no? (Silencio). Por suerte... la última.

Dalila —Sí. (Silencio) Es..., no sé... (Trata de buscar alguna explicación para la sensación) ...es extraño. Nunca pensé pasar por algo así.

Patricia —Es comprensible. Lleva un tiempo de digestión.

Dalila —¿Connmigo cómo fue?

Patricia —(Instantáneamente). Horrible. Fue mi primera vez. Imaginate. Te hubiese matado. Me costó mucho tomarte cariño... (Dalila le toma la mano. Pato levanta la vista de la mesa) ... pero te hiciste querer, hija de puta.

Dalila —(Ríe). Me hiciste la vida imposible. (Pato sonrío levemente). ¿Te acordás cuando me apagaste el calefón?

Patricia —(Ríe socarronamente) ¡Cómo puteaste!

Dalila —Y sí, boluda. Hacía un frío de cagarse. Me acuerdo que empecé a gritar como loca... No lo podía creer.

Patricia —Creo que esa vez me meé de la risa.

Julia —(Entra con camisón y salto de cama. Trae el equipo de mate). Y en verano se levantaba a apagar el ventilador.

Dalila —De eso nunca me enteré...

Patricia —Porque dormís como un oso. Cuando vi que ni te dabas cuenta, lo dejé de hacer.

Julia —¿Saben quién faltó a la fiesta?

Dalila —¿Quién?

Julia —Ezequiel.

Dalila —¿Qué Ezequiel?

Julia —El compañero de Migue de la facultad.

Patricia —Pero... no sé si siguen siendo amigos.

Dalila —¿Yo lo tendría que conocer?

Patricia —No, creo que no.

Dalila —¿Entonces tampoco vino a mi casamiento?

Julia —Y no, si vos no lo conocés...

Patricia —Seguro que agarró para la mierda con Migue por algo.

Julia —No sería nada extraño. (Silencio). Mañana le voy a preguntar.

Patricia —(Se duerme) Me duermo. (Le pasan el mate y lo toma).

Dalila —Tengo una sensación horrible... acá en el pecho.

Julia —Yo ya no. La tercera es la vencida, dicen.

Dalila —No puedo dejar de pensar en lo que estarán haciendo.

Patricia —¿Y qué van a estar haciendo en su luna de miel?

Adiviná...

Dalila —¿Y si sabe hacer algo que nosotras no sabemos?

Patricia —Después de haber estado en la cama con tres mujeres durante tanto tiempo

Dalila —No sé..., yo... hay cosas... que no le permito.

Julia —Yo tampoco.

Patricia —(Sin siquiera saca su cara de entre sus brazos) Ni yo.

(Se miran las tres). No creo que sea tan puta, la borrega ésta.

Dalila —Pinta no le falta.

Julia —Es muy chica, pobre.

Dalila —Pobre nada, Julia.

Patricia —De todas formas, permita o no permita, sabemos que tiene ventajas.

Dalila —¿Qué ventajas?

Julia —La edad...

Patricia —Exactamente.

Julia —Y la novedad.

Patricia —Pero bueno..., es ley.

Julia —Es ley.

Dalila —(Silencio. Pensando). Qué semanita nos espera por delante.

Julia — (Desinteresada) Sí. Yo igual..., la verdad es que soy paciente. Con sólo pensar que, después de la semana de Cati, podemos empezar a agrandar la familia... (Dalila la mira feliz)

Patricia —A mí me rompe mucho las bolas. Una semana de exclusividad marital es demasiado. Ustedes saben que yo necesito... Si no me pongo de un humor de mierda.

Julia —Sí...

Dalila —Sabemos...

Patricia —Te juro que, si no fuese por los milicos, salgo y me emperno a cualquier vecino. No sé si me la banco una semana.

Dalila —(Sarcástica) Tendrás que rebuscartelás de otra manera.

Patricia —Pero no, nena. Frotarme a esta altura... ya no da. Yo necesito cabalgar. Necesito el ajeteo, la acción.

Julia —Sí, hemos escuchado. (Ríen)

Patricia —Y bueno, a bancarselá. Ustedes tienen el mismo tiempo que yo. Hagan uso como les nazca. Lo mío es cabalgar.

Dalila —Pero si nadie te está diciendo nada, che.

Julia —Sólo nos da gracia.

Dalila —Lo único que te pedimos es que te trates de no romperlo, porque es el único que tenemos. Si lo llegás a quebrar vamos a estar complicadas todas. (Ríen).

Julia —No seas exagerada, Dalila.

Patricia —(Dalila) ¿Y vos..., en lugar de frotarte, por qué no vas y te encamás con algún compañerito de elenco? Ya que son tan libidinosos ustedes, los artistas...

Dalila —(Sonríe) Imaginate si fuese tan fácil...

Julia —(A Pato) ¿A vos te sigue echando el ojo el celador?

Patricia —Sí. Pero es puro histeriquéo.

Julia —(A Pato) Jodan, no más ustedes. Van a terminar mal... y nos vas a poner a todos de duelo.

Dalila —Y Migue se va tener que buscar otra.

Patricia —No, otra no. Basta. Con eso no se jode. Demasiado con ésta última. ¡Basta de vestidos blancos!

Dalila —“Basta de vestidos blancos”. Me gustó.

Patricia —Podríamos pintar una pancarta. (Ríen).

Julia —Estaba hermosa. Hay reconocerlo. Hermosa.

Dalila —(Dolida) Sí, es hermosa, la hija de puta. Tiene un cuerpo... Las cosas que le debe estar haciendo a mi Miguelito.

Patricia —Nuestro Miguelito.

Dalila —Ya sé. No seas tonta. Falta que te pongas celosa a esta altura.

Patricia —¿A ustedes..., digo..., nunca se les pasa por la cabeza que las rechace?

Julia —No entiendo.

Dalila —¿Cómo que nos rechace?

Patricia —Claro. Digo..., si no se les pasa por la cabeza que Miguel ya no quiera acostarse con ustedes.

Dalila —¿Pero..., por qué?

Patricia —No sé, pongamoslé que ahora, después de estar con Cati, ya no tenga ganas de acostarse con nosotras... Digamos que..., no es que no quiera, es que no lo desee.

Dalila —Se va a tener que acostar igual. Eso ya lo sabemos.

Patricia —Sí, sí, ya sé... Pero..., yo no sé si estoy dispuesta a acostarme con un tipo que está pensando en la mujer que está durmiendo en la cama de al lado.

Dalila —Sí, te entiendo. Pero bueno, esperemos que no suceda.

Julia —Y si sucede, sucede. Creo que podremos vivir con eso.

Patricia —Yo no creo que pueda vivir con eso.

Dalila —Yo creo que cada una de nosotras es única. Y por eso tiene algo único que ofrecerle. Si él no está dispuesto a darse cuenta de eso, él se lo perderá. Yo no estoy dispuesta a dejar de ser yo, para que mi marido me quiera llevar a la cama. No sé... Es lo que me parece.

Patricia —(Silencio. Sonríe) ¿Ves por qué te hiciste querer? Gracias. (Dalila le agarra la mano y le sonrío).

Julia —Bueno, mis queridas. Vamos a dormir que mañana nos espera un día agitado.

Dalila —¿A qué hora llegan?

Julia —Llegarán tipo una. Voy a amasar unos ñoquis.

Patricia —Vos estás loca. ¿A qué hora te vas a levantar a amasar?

Julia —No importa.

Dalila —Qué rico. Ya tengo hambre.

Patricia —¿Con todo lo que comiste en la fiesta?!

Julia —(Comienzan a salir) Acordate de ponerte la frazada. (Pato asiente). Y mañana estén las dos de buen humor para recibir a Catalina.

Dalila —Haré todo lo posible.

Patricia —Espero que no se presente con una sonrisa de oreja a oreja porque la desfiguro.

Dalila —¿Qué esperás de una mujer volviendo de su luna de miel?

Patricia —Todavía tengo tu feliz carita de goce grabada en mi mente.

Dalila —Debo reconocer que la pasé bien en mi noche de bodas.

Patricia —Se te notaba.

Dalila —¿Acaso vos la pasaste mal?

Patricia —He tenido mejores.

Dalila —¿Cabalgando al celador?

Patricia —Estuviste bien. (Ambas ríen y salen. Apagón)

ACTO 02

(Entran caminando Damián y Lucio. Está amaneciendo. Acaban de salir del casamiento. Están vestidos de traje, pero ya desalineados. Entran en silencio, con ese cansancio propio de la traspasada. Con esa felicidad propia de haber pasado una noche hermosa rodeado de seres queridos. Cada uno viene metido dentro de sí mismo. Entran caminando. Damián se frena. Lucio se frena también).

Lucio —¿Qué pasó?

Damián —(Busca en los bolsillos y saca un papel con un lapicito) Esperame. (Se sienta en el cordón de la vereda a anotar algo).

Lucio —¿Qué estás anotando?

Damián —Esperame que se me va. (Se refiere a lo que tiene en la mente).

Lucio —(Lo mira unos segundos y después se sienta junto a él. Se muere por saber qué escribe). ¿Y? (Damián no le contesta. No para de escribir). Bueno, avísame cuando termines.

Damián —(Deja de escribir). Ya está. Era para que no se me vaya la idea. Después la desarrollo en casa.

Lucio —¿Me quieres contar?

Damián —Nada especial. Versos que se me vienen y..., no sé..., me gusta anotarlos en algún lado.

Lucio —¿Puedo leer?

Damián —No, no, me da pudor. Disculpá.

Lucio —Está bien.

Damián —No lo tomes a mal. Son cosas que no valen nada.

Lucio —¿Y para qué las anotas si no valen nada?

Damián —No sé. Me nace anotarlas. Tengo un cajón lleno de papelitos con cosas anotadas.

Lucio —¿Pero... qué son? No entiendo.

Damián —Nada. No sé. Sensaciones. Cosas que... siento. No sé. Si no las anoto desaparecen.

Lucio —Pero si no se las dejás leer a nadie... ¿Para qué las anotás?

Damián —No sé. Me hace feliz saber que están ahí, en el cajón. Me gusta saber que si abro el cajón puedo volver a todo eso que sentí.

Lucio —(Tira para ver que le contesta). Quizá algún día te hacés escritor.

Damián —(Le da gracia). No creo.

Lucio —Capaz que si sacás un libro, yo lo puedo comprar, y ahí puedo leer tus cosas. ¿O tampoco me vas a dejar comprar tu libro?

Damián —(Como un chiste). Tampoco te voy a dejar comprar el libro. Sólo lo van a poder comprar quienes no me conozcan. (Sonríe. Vuelve a sacar el papel y anota otra cosa. Lucio lo mira y sonríe. Se siente feliz. Es una noche hermosa).

Lucio —Estuvo lindo el casorio.

Damián —(Guarda el papel). Sí, hermoso. Se nos sigue agrandando la familia. ¿No?

Lucio —Catalina.

Damián —Tiene ojo, Miguel. Hay reconocerle el buen ojo que tiene.

Lucio —La cuarta.

Damián —La cuarta. Familia completa.

Lucio —Cartón lleno. (Piensa). Y ahora, a empezar con los críos.

Damián —Es ley.

Lucio —Es ley.

Damián —A preparase para ser padrinos.

Lucio —Y sí, algún niño nos va a tocar. Seguro.

Damián —Cómo pasa el tiempo.

Lucio —Pasa y pasa. Y nosotros acá, en la dulce espera.

Damián —A mí, en unos añitos... (Gesto de ahorcamiento)

Lucio —Veo que seguís con la misma idea.

Damián —Sí, señor. Con la misma idea.

Lucio —Dale, Dami. Empezá a elegir. Dejate de joder. Te van a entregar cualquier cosa. Ya sabés cómo es. Por lo menos conseguite dos. No sé..., conseguite dos que te gusten, y después, con las otras dos, que venga lo que venga.

Damián —Ya sabés lo que pienso.

Lucio —Acordate lo que le pasó a Leo. Se le cumplieron los cuarenta, y como todavía no tenía a la cuarta... Cagó. No te das una idea lo que ligó del gobierno.

Damián —(Ríe) ¿Muy intocable?

Lucio — (No le da gracia la posición jocosa de su amigo). Eso fue lo de menos. No sabés el carácter de la mina. Ahora tiene a toda la familia cagando. A las otras tres las tiene de sirvientas. Y Leo se la pasa laburando porque no quiere volver a la casa. Llega de noche, y cena lo que sobró.

Damián —(Simpático) A la mierda...

Lucio —Y sí, Damián. Pensá que las que van a parar a la lista del gobierno fueron rechazadas por varios. Imaginate que si no consiguieron nada..., por algo será...

Damián —(Piensa) Y bueno, me tendré que bancar la convivencia con cuatro rechazadas. (Cómico) Espero que por lo menos sepan cocinar.

Lucio —Jodé, vos, no más...

Damián —Sos vos el que insiste. Yo ya te dije lo que pienso. El amor es cosa de a dos. No dé a cinco. Si no me dejan entregarme a una mujer de igual a igual, entonces que no sea con ninguna.

Lucio —Pero es mejor entregarse, por lo menos un cuarto a una mina que te guste, que convivir con cuatro rechazadas.

Damián —Ya está decidido, Lucio. Es mi punto de vista.

Lucio —Está bien. Te respeto. Pero después no te quiero escuchar.

Damián —No me vas a escuchar. No te preocupes. Voy a estar muy ocupado engordando con mis cuatro esposas cocineras.

Lucio —No sé para qué me gasto...

Damián —Hasta podríamos poner un restorán. “Restorán las rechazadas. No seremos bonitas, pero te entregamos la empanada”. ¿Qué tal? ¿Qué te parece?

Lucio —(No puede reprimir la risa) ¡Qué hijo de puta!

Damián —¿Y vos? ¿Cómo venís con eso? Si no saco mal la cuenta recién tenés en tu haber tan sólo a Felicia. Me parece que no estás en una situación muy diferente a la mía. ¿O sí?

Lucio —Ya tengo todo calculado. Tengo en vista a un par de señoritas. Cumpliré los cuarenta con mis cuatro esposas. No te preocupes.

Damián —Yo no me preocupo para nada. De última te venís al restorán de mozo. ¿Qué te parece? Y te alimento con los repulgues de las empanadas que la gente va dejando en los platos.

Lucio —¡Qué forro que sos! (Simpático. Cede). Dale, me veo bien de mozo.

Damián —(Piensa en Dalila. Silencio). ¿Cómo la deben haber pasado las chicas?

Lucio —Ya deben estar durmiendo.

Damián —A Dalila se la veía consternada con el asunto del casamiento. Tenía una carita...

Lucio —Y, ésto es nuevo para ella.

Damián —En cambio, la Pato se la pasó bailando. Es envidiable la resistencia de esa chica. Era el alma de la fiesta. Meta cadera y cadera.

Lucio —Siempre fue así. Se la pasó sacándome a bailar toda la noche. Me cagó pisando, la hija de puta.

Damián —Y claro, aprovechó que Felicia no estaba. Y como sabe que sos buen bailarín...

Lucio —Es cierto.

Damián —Qué lástima que Felicia no pudo ir.

Lucio —(Recuerda el por qué no fue y traga saliva). Sí. Una lástima, realmente. Ya tenía hecho el vestido y todo. Pero, bueno...

Damián —Veo que le pegó fuerte la gripe.

Lucio —(Se quedó perdido en el recuerdo). ¿Eh?

Damián —Que le pegó fuerte el virus.

Lucio —Ah, sí. Fuerte.

Damián —Mandale mis saludos.

Lucio —Dale, le mando.

Damián —Bueno, no doy más. Me voy yendo para mi feliz departamento de soltero.

Lucio —Vamos que te acompaño.

Damián —(Le resulta extraño) ¿Y Felicia?

Lucio —No sé. Estará dormida.

Damián —¿Vos sos boludo? Anda a ver como está, por lo menos.

Lucio —Sí. Tenés razón.

Damián —Vos como esposo dejás mucho que desear. Con razón no conseguís a las otras tres. El que tendría que ir a la lista de rechazados sos vos.

Lucio —(No le cae en gracia el chiste). Capaz. (Se queda pensando). Por suerte las rechazadas son todas mujeres. ¿No? Imaginate a un hombre rechazado. Yo no sé si me bancaría estar en esa lista.

Damián —Sería más sano. Más equilibrado.

Lucio —Yo que sé...

Damián —(Saludándolo). Hasta mañana, Lucio. Cuidate. Nos vemos mañana en lo de Migue.

Lucio —Chau Dami. (Damián comienza a irse y Lucio se queda mirándolo angustiado. Vuelve a pensar en el rechazo. Apagón).

ACTO 03

ESCENA 01

(Comedor de casa de Migue. Se encuentra Julia poniendo la mesa)

Julia —(Gritando hacia la pieza). ¡Vamos, Dalila! ¡Levantate que van a llegar y te van a encontrar durmiendo!

Dalila —(Desde afuera) ¡Ya va! ¿Qué hora es?

Julia —(Mirando el reloj de mano) La una y diez. ¡Dale! Ayúdame a poner la mesa.

Dalila —¡Ahí voy! (Entra por la puerta de calle Pato con una bolsa de pan).

Julia —(Viendo el pan). Conseguiste.

Patricia —Tuve que ir hasta Independencia y Castro Barro.

Julia —Ahí tienen siempre. (Agarra el pan y lo pone en la panera). Haceme un favor, fijate si ya se levantó Dalila.

Patricia —(Sale. Desde afuera) ¡Dale nena! Levantate.

Dalila —¡Ya va!

Patricia —Siempre la misma vaga...

Dalila —Estoy cansada, dejá de joder.

Patricia —Cuando te casaste vos, estábamos las dos levantaditas desde temprano, así que no jodás. ¡Arriba, vamos!

Dalila —En un rato me levanto. (Patricia le comienza a pegar con la almohada). ¡Pará, boluda! ¡No me pegués!

Patricia —Levantate, entonces.

Dalila —¡Pará!

Patricia —Te voy a dar con la almohada hasta que te levantes.

Julia —¡Chicas! No peleen. ¿Qué va a decir Migue si las escucha?

Patricia —(Entrando con la almohada en la mano) ¡Migue que no joda! Demasiado hacemos.

Julia —¿Se levantó?

Dalila —(Desde afuera en un grito) ¡Sí! ¡Me levanté

Julia —Qué carácter.

Patricia —Ahora va a ver... (Sale Pato y le sacude la almohada por la cabeza a Dalila).

Dalila —¡Pará, forra!

Julia —¡Chicas!

Patricia —¿Llamaron los tórtolos?

Julia —Sí, dijeron que estaban y cuarto. Así que deben estar por llegar. (Dándole la bolsa de servilletas) ¡Tomá, poneme! (Pato pone las servilletas de papel debajo de los platos). Me duele todo el cuerpo de anoche.

Patricia —Y eso que no bailaste nada.

Julia —Vos sabés que mucho no me gusta. Y además no era mi fiesta.

Patricia —La mía tampoco, y sin embargo... (Se pone a caderear a un ritmo imaginario).

Julia —Pero vos sos diferente. Yo que sé..., tenés otro temperamento.

Patricia —Yo la trataba de pasar bien. Yo que sé...

Julia —Claro...

Patricia —(Dudando) ¿Qué? ¿Hice mal?

Julia —No, Patricia. ¿Cómo vas a hacer mal?

Patricia —Y yo que sé. A esta altura... Falta que la pendeja me diga que le quité protagonismo.

Dalila —(Entrando) ¿Ya comemos?

Julia —¿Te lavaste la cara?

Dalila —Sí. (Se sienta)

Julia —(Mirándola bien) Tenés maquillaje todavía.

Patricia —Dejala, Julia. Tampoco la pavada. Que se vaya acostumbrando desde el principio, la borreguita. No vaya a ser que se la dé de reina.

Julia —No seas así.

Dalila —Reina por una semana.

Patricia —Sí, pero eso no quiere decir que nosotras seamos sus cenicientas.

Julia —Vas a ver que nos va a caer bien. Va a salir todo perfecto.

Dalila —Dudo que me caiga bien.

Julia —(A Dalila) Andá a buscar la jarra a la heladera, por favor.

Dalila —(Sin moverse) Ahí voy.

Patricia —(Levantándola de la silla) Andá, carajo. Hací algo. (Sale en busca de la jarra puteando por lo bajo). Ésta piba... No tiene voluntad de hacer nada.

Julia —Recién se levanta.

Patricia —Siempre es así. Está acostumbrada a que le sirvan. Y eso es porque vos le das todo en bandeja.

Julia —Yo para que Migue no tenga más problemas de los que ya tiene, pobre.

Patricia —Ahora se le va a acabar la vagancia, cuando llegue la nueva.

Julia —Se llama Catalina.

Patricia —Como se llame. Ahora Dalila va a tener competencia a la hora de rascarse la cotorra.

Julia —Quizás Catalina es diferente. Quizás se da maña y nos ayuda un poco.

Patricia —Es una estudiante, Julia.

Dalila —(Entrando) Yo también estudio y sin embargo algo hago.

Patricia —Porque se te pide de rodillas.

Julia —Chicas, un poco de paz les pido, nada más. Tengamos un domingo tranquilo. Disfrutemos de los ñoquis que con tanto amor amasé.

ESCENA 02

(Se escuchan ruidos en la puerta de entrada. Todas miran)

Miguel —(Desde afuera) ¡Ya llegamos! (Todas preparan sus sonrisas). Buenos días. (Ella trae el postre y se lo da a Julia).
¿Cómo les va a mis tres amores? (Besa a una por una. Primero a Julia, la que lo mira feliz. Después a Pato y después a Dalila que está desinteresada en el saludo. Mira la mesa que ya está totalmente puesta. A Julia). ¿Qué hay de comer?

Julia —Amasé. Hice ñoquis.

Catalina —¡Qué rico!

Julia —¿Te gustan? ¡Cuánto me alegro!

Catalina —Sí, me encantan. Es una de mis comidas preferidas.

Miguel —Y esperá a que pruebes el tuco de Julia. Vas a ver lo que es.

Julia —Tampoco es para tanto. ¿Cómo la pasaron anoche?

Miguel —De maravilla. Nos tocó una suite espléndida. Me parece que fue la misma que me tocó cuando fui con Pato.

Patricia —(Falsamente simpática) ¿En serio? ¡Qué casualidad!

Julia —Sientensé, que voy a ir a echar los ñoquis. (Sale con el postre).

(Se sientan. A la cabecera Migue. A su lado Cata. Después Julia, quién aún no se sienta, y después Pato. Al final Dalila, que ya se encontraba sentada ahí desde que trajo la jarra)

Patricia —¿Así que la pasaron lindo?

Catalina —Sí, muy lindo. Y la fiesta estuvo hermosa. Sé que se encargaron de todo ustedes. Muchas gracias. No tengo palabras. Fue una noche perfecta. Muchas gracias, en serio.

Patricia —De nada, Cata. ¿Te puedo decir Cata?

Catalina —Sí. Como quieras. Mis amigos me dicen Cati.

Dalila —Bueno, cuando seamos tus amigas te empezamos a decir Cati... ¿Dale?

Miguel —(Retando). Dalila.

Catalina —Está bien, Migue. (Le agarra la mano). Yo entiendo. (Migue la mira y la besa apasionadamente. Pato y Dalila se miran y se quieren morir).

Dalila —(Interrumpiendo). ¡El sábado que viene tengo el estreno!

Miguel —¿Éste sábado era?

Dalila —(Ofendida). Sí, te lo dije como mil veces.

Miguel —Bueno, me olvidé. Calculo que comprenderás... Con lo del casamiento..., fue todo un quilombo. (Pensando. Mirando a Cata). Iremos a la segunda función.

Dalila —¿No vas a ir al estreno? ¿Me estás hablando en serio?

Miguel —El sábado es el último día de la semana marital...

Sabés que tengo que salir con Catalina.

Dalila —A Cata seguro que no le molesta. ¿O no, Cata?

Catalina —No, para nada. Vamos todos.

Miguel —(A Dalila). Si hubiese sido el último día de tu semana marital te hubiese molestado. Lo sabés muy bien. (Dalila se calla porque sabe que Migue tiene razón).

Catalina —Pero yo quisiera ir a ver la obra éste sábado. ¿Qué mejor manera de ocupar mi último día que yendo a ver una obra de teatro? Y mejor aún si actúa una integrante de la familia.

Miguel —Como quieras. Decidís vos.

Catalina —Entonces decido que vamos al teatro.

Patricia —(Mirándola a Dalila. Como una indirecta) Tomá.

Dalila —(Con cierta bronca). Está bien. Entonces les guardo los lugares.

Catalina —¿Qué obra estrenan?

Dalila —(Indiferente). No creo que la conozcas. Es una de Tennessee Williams.

Catalina —¿El Zoo de Cristal?

Dalila —(Estupefacta). Sí. (Extrañada) ¿Cómo sabías?

Catalina —Leí en el diario el otro día que la estaban por estrenar. En el Vitral... ¿No?

Dalila —(Pasmada) Sí, sí. En la sala de arriba.

Miguel —¡Ah! ¿En el Vitral la hacen al final?

Dalila —(Dalila asiente sin salir de su asombro). Sí, sí.

Patricia —Mirá que erudita, tan joven.

Catalina —¡No! ¡No es para tanto! Es que tengo una debilidad por Tennessee Williams.

Patricia —Va a hacer de una renga.

Dalila —(Corrigiéndola) La tullida.

Catalina —(Sonriendo) Laura. Qué hermoso personaje. Qué hermoso tener una actriz en la familia. Me encanta ir a ver teatro. Me encanta. Te felicito.

Dalila —Gracias...

Julia —(Entrando con los ñoquis). ¡Listo! A comer.

Miguel —Tienen una pinta. ¡Qué hambre!

Patricia —Mucha gimnasia da hambre.

Catalina —(Ríe sutilmente) Es verdad.

Julia —(Va a comenzar a servir) A ver, a ver... (Dalila levanta el plato). Primero a la feliz pareja.

Catalina —Está bien, es lo mismo. (Sirve primero a Cata y después, por orden, a los demás. A Dalila). ¿Sabés qué? Yo siempre quise ser actriz. Pero, no sé... Nunca me animé.

Julia —Estás a tiempo.

Catalina —¡No! Sé que no soy buena. No podría subirme al escenario. Me daría... ¿Cómo se dice?

Dalila —Pánico escénico.

Catalina —Eso.

Patricia —Para eso tendrías que ir al psicólogo. Yo fui.

Miguel —(Burlándose) Sí, por pánico escénico.

Patricia —No seas tonto, Miguel. Fui en su momento. Por lo de la ley.

Julia —Me acuerdo.

Miguel —Pobrecita mi bichito. Le fue difícil adaptarse a no ser la única.

Patricia —Al final lo resolví. Como todo para la psicología... ¿Adiviná quiénes eran los culpables?

Catalina —¿Los padres?

Miguel —¡Los padres!

Patricia —Parece que mi educación de hija única conspiraba con el régimen de equilibrio marital impuesto por nuestro bendito gobierno de facto.

Miguel —Y eso que recién era mi segunda esposa.

Patricia —No creo que lo hubiese soportado sin la ayuda del psicólogo.

Julia —Yo no estaría viva. Un día me amenazó de muerte cuando nos encontró con Migue en la cama.

Patricia —¡Qué locura que tenía! Creo que fue la segunda o tercera noche. ¿Te acordás?

Julia —Cómo olvidarlo.

Patricia —Entré a la pieza para preguntar dónde carajo estaban las toallas... y me los encuentro a los dos juntos, desnudos.

Miguel —Y lo peor es que ya habíamos terminado.

Julia —Estábamos leyendo en la cama.

Catalina —¿La amenazaste de muerte porque estaban leyendo juntos en la cama?

Patricia —Estaban leyendo juntos... desnudos.

Julia —No, Patricia. Yo estaba en camisón. Migue es el que estaba desnudo.

Dalila —¿Estoy a tiempo de elegir otra familia?

Patricia —No, ya es tarde. Es ley.

Catalina —¿Y qué pasó? ¿Qué le dijiste?

Miguel —Se subió a la cama de un salto, le sacó el libro a Julia, y se lo partió en dos.

Catalina —¿En dos?

Patricia —Sí, se lo partí al medio.

Dalila —¿Qué libro era?

Julia —“Cien años de soledad”. Nunca lo pude terminar de leer.

Patricia —Ya te dije que te lo voy a volver a comprar.

Julia —No te preocupes, ahora ya perdí las ganas. Después de todo nunca me gustó mucho García Márquez.

Catalina —¿Y cómo terminó la historia?

Miguel —Me tuve que parar y pegarle tres gritos.

Patricia —El forro estaba parado arriba de la cama, con las bolas colgando, gritándome como un milico. (Ríen).

Miguel —Por suerte se tranquilizó.

Patricia —Es que yo era una mujer casada. Por más que sabía cómo eran las cosas, no sé... Fue más fuerte que yo. ¿Qué quieren? Mi educación fue así. Siempre fui la nena de papá. No es joda, che.

Julia —En cambio nosotros éramos cinco hermanos. Habíamos tenido que aprender a compartir todo. Así que compartir el marido no me fue tan difícil.

Miguel —Tampoco te fue fácil.

Julia —Y no. Me acuerdo que estábamos recién casados cuando tomaron el poder. Ahí no más dictaminaron: “No habrá argentinos solteros en este país. La familia es el sustento de esta

nación. Cuatro mujeres por cada hombre”. Y así fue. Tuvimos que agrandar la familia.

Patricia —(Repitiendo y recordando). “Cuatro mujeres por cada hombre”. Me acuerdo que ahí no más pensé: Pobres tipos, bancarse cuatro minas que le rompan las bolas día y noche...

Julia —Igual nosotras no nos podemos quejar. Miguel es lo que siempre soñamos.

Dalila —Yo casi ni sueño últimamente. (Migue la mira). Debe ser el cansancio.

Patricia —Yo no sé si es lo que siempre soñé, lo que sí hay que reconocerle que es rendidor. Por lo menos para tres rendía.

Habrá que ver ahora con las cuatro.

Catalina —Después de lo de anoche puedo asegurarles que podría, por lo menos..., (Pensando)... con cinco.

Dalila —(Enfurecida y sin pensarlo) ¿Le echaste cinco?

Julia —(Retándola). ¡Dalila! ¡La boca, nena!

Patricia —(Seria) ¿En serio, cinco?

Miguel —(Avergonzado). No sé. No los conté. Imaginensé si voy a estar contando... ahí... en mi luna de miel...

Julia —(Tratando de salir de la situación incómoda). Me salieron ricos los ñoquis... ¿no?...

Catalina —(Nadie contesta. Cata sale del apuro). Sí, exquisitos. (Levantándose). ¿Puedo pasar al baño?

Miguel —No pidas permiso, Cati.

Julia —Ahora también es tu casa.

Catalina —Me va a costar acostumbrarme. Bueno, permiso. (Sale).

Patricia —(Espera que entre al baño) ¿Cinco, hijo de puta? ¿Cinco?

Miguel —Se habrá expresado mal... Quiso decir como que doy para más... ¿Entendés?

Dalila —Yo no entendí eso.

Miguel —Chicas, por favor. No me vengan con pavadas. Creí que ya estaba todo entendido.

Patricia —¿Sabés lo único que entiendo? Que porque la pendeja se parte al medio...

Julia —(A Pato). Bajá la voz.

Patricia —... y porque anda a saber que te habrá hecho en la cama... (Termina la oración mostrándole los cinco dedos de la mano).

Miguel —Te dije que se habrá expresado mal... Apenas si habré llegado a un segundo..., creo..., ponele un tercero.

Patricia —¿No le bastaba con uno?

Miguel —¿A vos te hubiese bastado? (Tomándolo con un poco más de calma). Escuchame, Pato, de Dalila lo puedo entender..., pero de vos...

Dalila —Yo no dije nada...

Miguel —(A Pato). ¿Por qué actuás, así ahora? Si cuando me casé con Dalila...

Patricia —Es diferente.

Julia —Coman que se enfría.

Dalila —¿Qué querés decir? ¿Qué no valía la pena ponerse celosa por mí?

Patricia —Eso lo estás diciendo vos.

Dalila —Sé que no estoy tan buena como... (Irónica)... Cati.

Pero creo que merecía que sientan un poco de celos por mí.

Aunque sea un poco... ¿no?

Miguel —(En un grito). ¡Basta las dos, carajo! Dejensé de joder. (Silencio. Cati está parada mirando la situación).

Catalina —(Entrando). ¿Quieren que traiga el postre de la heladera?

Julia —No querida. Vení, sentate que voy yo.

Patricia —(Parándose de golpe enojada). Deja, voy yo.

Julia —(Se vuelve a sentar. A Cata). Parecen nenas.

Disculpalas.

Catalina —No hay nada que disculpar.

Miguel —(Casi dando una orden) ¿Podés levantar la mesa, Dalila, mi amor?

Julia —(A Miguel). Yo la levanto. Está cansada, Dali.

Miguel —(A Julia). Vos también estás cansada. Sentate. (Dalila se para y comienza a levantar los platos. Cuando llega al plato de Cata hace que se le caiga comida sobre la falda). ¡Cuidado!

Dalila —Perdón. Fue sin querer.

Miguel —Me imagino que habrá sido sin querer...

Julia —Mirá como te manchaste la pollera. Vení que te la pongo a lavar y te doy una mía.

Catalina —Está bien me quedo así. No hay problema.

Miguel —Andá para la pieza, Dalila. Más tarde vamos a hablar.

Dalila —Pero fue descuidado. En serio.

Miguel —¡Andá, te dije! (Dalila sale puteando. Pato entra con el postre).

Julia —Se le habrá caído..., si ella te dice...

Miguel —Ya la conocés a Dalila, Julia. No me vengás con boludeces. (Julia sabe que tiene razón. Baja la cabeza. Migue se tranquiliza un poco. A Julia) Escuchame, Julia, nosotros nos vamos a acostar.

Julia —¿Y el postre?

Miguel —Dejalo para la tarde que lo comemos con unos mates.

Julia —Está bien.

Miguel —Dejá todo así que después lo levantamos.

Julia —Yo lo levanto en un segundo. No te preocupes, Migue.

Miguel —Dejá todo así, en serio. (Ella no contesta). ¿Sí? (Ella afirma con la cabeza). Muy bien. Nos vamos a acostar un rato porque estamos muertos.

Patricia —(Que se había sentado en la punta de la mesa con los postres sin abrir. Irónica por los cinco). Y sí, me imagino.

Miguel —(La mira enfurecido). Escuchame, Patricia...

Catalina —(Lo abraza por detrás). ¿Vamos a dormir? Tengo sueño. (Él no reacciona). Estoy muerta, amor. Dale.

Miguel —(Se reprime). Vamos. (La besa y salen. Silencio. Pato mira a Julia buscando complicidad. Julia baja la mirada, sonrío triste y se pone a levantar los platos)

Patricia —Te dijo, Migue, que no los levantes. (Julia levanta los hombros denotando indiferencia. Sigue con su tarea. Sale y vuelve a entrar en busca de más cosas. Pato la sigue con la vista hasta que se decide, se levanta y se pone a ayudarla. Se miran. Apagón)

ACTO 04

(Luz sobre un espacio vacío. Plaza. Esta Damián sentado escribiendo en un cuadernito. Entra Dalila. Lo asusta por detrás a Damián).

Damián —¿Qué hacés? ¡Qué cagazo que me pegué, boluda!
(Está feliz de verla). ¿Para dónde ibas?

Dalila —Te estaba buscando.

Damián —¿A mí?

Dalila —Sí. Como no estabas en tu casa me imagine que te iba a encontrar acá.

Damián —(Le parece extraño). ¿Qué pasó?

Dalila —Nada.

Damián —(Mirándole la cara). Algo pasó.

Dalila —Me agarré, con Migue.

Damián —¿Por Cati?

Dalila —Sí, por esa. Igual no quiero hablar de eso ahora.

Damián —Como quieras.

Dalila —¿Qué estás escribiendo?

Damián —Nada. Boludeces.

Dalila —¿Me mostrás?

Damián —¿Esto?

Dalila —Sí, dale, mostrame.

Damián —¿En serio querés leer?

Dalila —Sí, boludo... ¿Qué te pasa? ¿Por qué no voy a querer leer?

Damián —Es que yo no muestro lo que escribo.

Dalila —Ah, mirá... Entiendo. Pero yo soy yo.

Damián —¿Y?

Dalila —Es diferente. Yo no soy cualquiera.

Damián —(Se resigna. Dándole el librito). Está bien. Tomá.
Pero no le contés a Lucio que te dejé leer lo que escribo, porque se va a ofender hasta el fin de sus días.

Dalila —No le cuento nada. No te preocupes. Ya he visto a Lucio ofendido y no es algo que me gustaría volver a experimentar.

Damián —Che, Pobre Lucio.

Dalila —¿Me dejás leer, por favor?

Damián —Sí, dale. (Comienza a leer). *Esta estrella que mora en mi pecho...*

Damián —¿Hace falta que leas en voz alta?

Dalila —¿Te molesta?

Damián —Sí, bastante.

Dalila —Bueno joderse. La poesía no entra por los ojos sino por los oídos. Hace falta que lea en voz alta.

Damián —No es poesía..., es..., yo que sé..., versos sueltos...

Dalila —Como sea. (Vuelve a leer)

*Esta estrella que mora en mi pecho...
se expande por vos.
Y te busca con las yemas de mis dedos.*

*Esta estrella que mora en mi pecho...
es mucho más que yo.
Y te busca con las yemas de mis sueños.*

*Mientras apenas me permito respirar.
Mientras apenas, muy de a poco,
me permito respirar.*

(Dalila se queda callada mirando al librito. Damián al ver que no responde)

Dalila —¿Termina ahí?

Damián —Sólo son versos sueltos. Después lo voy a seguir. (Ella relea para sí misma. Él la mira, nervioso). Una bosta... ¿no?

Dalila —¿Eh? (Saliendo a la lectura). ¡No! ¿Qué decís?

Damián —Dale. No hace falta que me mientas.

Dalila —(Que se sintió identificada). Me gustó mucho. (Mirándolo a los ojos como tratando de robarle la información). ¿A quién se la escribiste?

Damián —No sé...

Dalila —¿Cómo que no sabés? Dale, decime.

Damián —No sé, a nadie. Calculo que se lo escribí a una especie de... novia... imaginaria.

Dalila —Decime cómo se llama.

Damián —¿Mi novia imaginaria? (Inventa sobra la marcha) Olga, se llama.

Dalila —Dale, forro, a mí no me vas a mentir. ¿A quién se la escribiste?

Damián —No sé a quién se la escribí, Dalila, en serio.

Dalila —No te creo. Esto está dedicado a alguien. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Dice demasiado para no tener destinataria. (Damián no contesta nada). ¿Quizá es la afortunada primera esposa del señor Damián Luzuriaga?

Damián —(Desde el alma). Imposible. Eso sí que es imposible.

Dalila —(Intuye. Arriesga). Ya está casada. (Damián no contesta. Ella entiende que sí). ¡¿Ya está casada?! (El asiente minimalista). Pero así no va la cosa. El señor tiene que conseguir todavía a sus cuatro esposas... ¿y se enamora de una casada? (Refiriéndose a la poesía, mostrándole el libro). Porque ésto es amor... A mí no me vas a engañar. Acá no hay imaginación que valga. Ésta mujer existe.

Damián —(Tratando de zafar del tema). ¿Y cómo se lo ve a Migue con su cuarta esposa? ¿Hay amor?

Dalila —Te dije que no quería hablar de eso, Damián.

Damián —Está bien, perdón.

Dalila —Sí, hay amor. Y lo que es peor, hay pasión.

Damián —(Asombrado y jocoso). Ah... ¿sí?

Dalila —Sí, no te rías, Damián. A mí no me da nada de gracia.

Damián —Bueno, no lo tomes así.

Dalila —¿Cómo querés que lo tome? ¿Sabés lo que siento? Que Catalina le dio lo que ninguna de nosotras le pudo dar. Nunca lo vi tan apasionado, tan enamorado... Está diferente...

¿Entendés?

Damián —Ya se le va a pasar.

Dalila —Para colmo no es ninguna boluda, la piba. Es culta, hermosa, sexy... (Angustiándose). Me quiero morir.

Damián —Bueno, ya sabés cómo son las cosas. Quizás te cueste acostumbrarte, pero vas a ver qué... (No sabe que decir).

Dalila —¿Qué voy a ver? ¡Nada voy a ver!

Damián —¿Vos lo amás a Migue?

Dalila —Sí..., no sé. (Silencio). Amor, lo que se dice amor..., no sé... (Piensa). Sí, lo amo..., a mi manera lo amo...

Damián —Entonces esperá, ya todo va a volver a la normalidad. Tené un poco de paciencia.

Dalila —(Que se quedó pensando. Mirando al libro). Yo no lo amo a Migue. Es otra cosa. Yo no lo amo. Amor no es.

Damián —Decís eso por la situación que estás viviendo...

Dalila —Creo que ninguna lo ama.

Damián —No comparto lo que decís.

Dalila —(Abriendo el libro). Amar así, como escribiste vos, no. Yo así no lo amo. (Le devuelve el libro).

Damián —(Agarra el libro). Hay mil maneras de amar...

Dalila —La mía no me gusta.

Damián —¿Y cuál te gusta?

Dalila —(Quitándole el libro de las manos). La tuya. Me gusta tu manera de amar. ¿Me enseñarías a amar así? ¿Cómo se hace? (Se miran. Él la besa. Ella continúa besándolo. Hasta que para). Pará... ¿Qué hacés? ¿Qué hiciste? Yo estoy con Migue.

Damián —(Dolorido). Sos vos. Eso te lo escribí a vos. Te amo, Dalila. Te amo.

Dalila —(Mirando para todos lados). ¿Cómo que me lo escribiste a mí?

Damián —Lo escribí anoche, después de verte bailar en la fiesta. No podía de dejar de mirarte, Dalila. No podía. Te amo.

Dalila —¿Qué decís, Damián? ¿Estás loco? ¿Querés que nos maten?

Damián —Te quiero a vos. ¿Es mucho pedir?

Dalila —Sí, es mucho pedir. Sabés que estoy con Migue. ¿Estás loco? ¿Por qué me besaste?

Damián —Vos también me besaste.

Dalila —Después de que me besaste vos...

Damián —Escapemonós.

Dalila —¿Adónde?

Damián —No sé, vayamonós a la mierda.

Dalila —No, Damián. Soltame. Estás loco, me tengo que ir.

Damián —(Se contiene). Está bien. Andá. (Dalila comienza a pararse. Se va. Damián se queda mirándola irse).

ACTO 05

ESCENA 01

(Casa de Migue. Tocabimbre)

Patricia —(Cruzando de la pieza hacia la puerta de calle). Voy yo, Julia.

Julia —(Desde afuera) Bueno. (Pato abre. Entra Lucio).

Patricia —¿Qué cuenta, mi compañero de baile? ¿Cómo está? ¿Se ha recuperado de mis pisotones?

Lucio —No del todo. Anoche estuve a punto de vendarme los pies como una geisha.

Patricia —Qué exagerado. Igual te veo de geisha... (Ríe).

Lucio —Traje facturas.

Patricia —¿Con todo lo que comimos ayer? Bueno, habrá que seguir comiendo. Hay que recuperar energías. Sentate que pongo la pava.

Julia —(Entrando) Ya la puse yo.

Patricia —(Irónica) ¡Qué raro!

Lucio —¿Qué haces, Julia? ¿Descansaste algo?

Julia —Algo. Me va a llevar bastante recuperarme de semejante ajeteo. Me quedó el hígado a la miseria. Estoy a buscapina.

Patricia —A vos te cae mal cualquier cosa.

Lucio —¿Y la dulce pareja?

Julia —Están durmiendo, todavía.

Patricia —No me hagás hablar.

Lucio —¿Qué pasó?

Patricia —No me dejaron pegar un ojo.

Julia —(Retándola) ¡Patricia!

Patricia —¿Vos escuchaste el quilombo que hacia esa pendeja?

Julia —Bueno, es apasionada. No todas somos iguales.

Patricia —Yo también soy apasionada, yo soy una cabalgadora profesional, y sin embargo no pego tanto alarido. ¿Qué hacía? ¿Se daba la cabeza contra la pared?

Lucio —¿Para tanto fue?

Patricia —Y eso que dijeron que estaban cansados...

Lucio —¿Se habrán quedado cortos en la luna de miel?

Patricia —Te pido que no toquemos ese tema, por favor.

Julia —Coincido con Patricia. Dejemos eso atrás.

Patricia —(A Lucio) ¿Y a vos qué te pasa que estás con esa cara? ¿Se lo confesaste a Felicia?

Julia —¿Qué cosa? ¿Qué pasó?

Lucio —Sí, se lo dije.

Patricia —Al fin, por dios. Al fin. (Lo abraza).

Julia —¿Qué cosa le confesaste? No entiendo.

Patricia —(Risotada) ¿No te habías dado cuenta?

Julia —¿De qué? ¿Qué cosa?

Patricia —Deciseló vos, Lucio.

Lucio —Soy gay, Julia. Me gustan los hombres.

Julia —¿Cómo? ¿Los hombres? ¿Y Felicia? No entiendo.

Patricia —¿Fue por eso que Felicia no fue a la fiesta?

Lucio —Y sí.

Julia —¿Y qué van a hacer? Por Dios. ¡El divorcio es ilegal ahora!

Lucio —Arreglamos en que todo siga igual.

Patricia —¿Cómo reacciono? ¿Muy mal?

Lucio —Más o menos. Se la veía venir.

Julia —¿Y cómo hacían a la hora de...

Patricia —Éste cerraba los ojos y pensaba en Brad Pitt.

Lucio —(Con una sonrisa). No sé cómo hacía... Tendría que preguntarle a un psicólogo... Quizás sabía que tenía que cumplir y lo hacía... No sé...

Julia —Patricia fue al psicólogo. Por lo de la ley.

Lucio —Sí, sabía. Ya me contó.

Patricia —Ni se te ocurra ir al psicólogo. Te van a buchonear con los milicos. Y después te encierren hasta sacarte lo puto.

Julia —Eso no existe, Patricia.

Patricia —¿Cómo qué no? ¿Sabés lo que hacen? Te meten 220 hasta que quedás como un vegetal, o con suerte, como un tarado que no se le para nunca más en la vida. Así te sacan lo puto.

Lucio —De todas formas, ahora que se lo dije, me siento mucho mejor.

Patricia —¿Y quién le va a dar masa ahora a Felicia?

Julia —Y seguí haciendo como hasta ahora.

Lucio —No, me dijo que no quiere saber más nada. Camas separadas.

Julia —Y... es lógico.

Lucio —Así que no sé cómo vamos a hacer, sexualmente hablando... Iba a hablar con Migue para ver si me daba una solución..., pero...

Patricia —(Ríe. Superada). Y dale, total..., una más que le hace. Si dice Cata que llegó al quinto...

Lucio —¿Cómo al quinto?

Julia —En la luna de miel. Dice que llegó al quinto.

Lucio —Pero para ustedes..., una más...

Patricia —A mí, en realidad, no me molesta. Y menos si es Felicia, que es un amor de persona. Ella se merece lo mejor.

Julia —¿Y qué mejor que Migue? Pero... ¿Si los descubren? Los van a achurar a los dos.

Patricia —La hacemos bien. Vienen los dos de visita y la mandamos a Felicia para la pieza, y mientras tanto nosotros tomamos unos mates.

Julia —¿Pero a vos no te molestaría?

Lucio —Bien no me cae. Pero si yo no puedo hacerlo... ¿Qué derecho tengo a quejarme? Fui yo el que permitió que la situación haya llegado hasta este extremo...

Julia —Y sí.

Patricia —Ahora le preguntamos a Migue cuando se levante. Total, Felicia tiene buen culo. A Migue con eso le alcanza y sobra. Ya sabes cómo es. (A Julia.) ¿O no? (Julia apenas afirma. Pato a Lucio). Pero es mejor así. Que las cosas estén claras. Sino no se puede vivir feliz.

Lucio —Sí, es así. Igual que quede acá. ¿Sí?

Julia —Imaginate si se enteran las cuatro de al lado. Serían capaces de ir a avisar al cuartel.

Patricia —Llegan a hablar demás les bajo los dientes a las cuatro juntas de una sola trompada.

Julia —Mientras todo esté en ley no va a pasar nada. Ustedes sigan como hasta ahora.

ESCENA 02

(Entra Dalila triste y va derecho para la pieza).

Lucio —(Parándose para saludarla) Hola Dali, ¿cómo estás?

Dalila —(Sin frenar a saludarlo) Hola Lucio. (Sale hacia la pieza).

Julia —Pensé que estaba en la pieza. No la escuché salir.

Patricia —Yo tampoco. Qué raro. Voy a ver qué mierda le pasa ahora. (Sale hacia la pieza).

Julia —(Silencio incomodo) Así que sos... (No se anima a decirlo).

Lucio —Homosexual.

Julia —Eso. Nunca lo hubiese creído. Lo disimulabas bien. ¿Cómo se enteró Patricia?

Lucio —Una tarde se lo confesé. No aguantaba más.

Julia —Entiendo.

Catalina —(Sale de la pieza Catalina) Buenas tardes.

Lucio —(Se para para saludar) Hola Cati.

Catalina —¿Cómo estás, Lucio? Trajiste facturas. (Lo saluda. Se sienta. Julia le pasa un mate). Gracias. ¿Qué cuentan? ¿Alguna novedad?

Julia —Acá, Lucio, dice que es...

Catalina —¿Qué cosa?

Julia —(Nervioso) Soy gay.

Catalina —¿Pero vos no sos el esposo de Felicia?

Lucio —Sí. Lo soy. Por ahora lo soy.

Julia —¿Miguel?

Catalina —Ya viene.

Patricia —(Entrando de la pieza de Dalila) No sé qué le pasa. No me quiere hablar.

Julia —Ya se le va a pasar. (A Lucio) ¿No sabés nada de Damián?

Lucio —Anoche después de la fiesta quedamos en que veníamos para acá. Quería contárselo a él también. Pero bueno...

Patricia —Debe estar por llegar.

Julia —(Informando a Cati). Damián ni siquiera tiene una esposa todavía.

Patricia —Y eso que no se la morfa..., hasta ahora. Pero viste cómo son los artistas. Ahí tenés de ejemplo a la otra loca. Encerrada sin decir nada. (Aparece Migue)

Miguel —(A Lucio). Así que lo dijiste no más. Yo todavía tenía esperanza de sacarte machito. ¡Pero bue! Si vos crees que es lo mejor para vos... Por lo menos voy a estar más tranquilo cuando te deje solo acá con las chicas.

Julia —¿Miguel también lo sabía?

Lucio —Como si alguna vez hubieses desconfiado de mí.

Miguel —Y yo que sé. Nunca se sabe si uno está manteniendo satisfechas a sus mujeres.

Julia —Bien sabés que sí.

Miguel —¿Dónde está Dalila?

Julia —En la pieza. No sé qué le pasa.

Miguel —¿Sigue ahí desde el mediodía?

Patricia —No. Después salió, pero volvió recién.

Miguel —Dejala. Si está enojada tiene doble trabajo.

Julia —¿Por qué no vas a hablarle?

Miguel —Más tarde.

Julia —Por favor, Migue...

Miguel —Más tarde.

Patricia —Acá decíamos que, a partir de ahora, le vas a tener que dar a Felicia también.

Catalina —¿Cómo?

Miguel —¿En serio? (Contento, pero no le resulta inesperado). Y bueno, si no queda otra. Vamos a tener que hacer el sacrificio.

Patricia —Tampoco te hagás el samaritano.

Lucio —Fuera de joda, me harías un gran favor. Siempre y cuando no te moleste, o no les moleste a las chicas.

Patricia —Julia y yo ya dimos el sí.

Miguel —¿Vos que decís Cati?

Catalina —No sé... ¿Vos que querés que diga, Migue?

Miguel —Quisiera que me digás que sí. Así podemos ayudar a un amigo.

Catalina —(Fría). Entonces te digo que sí.

Patricia —Si los milicos no hubiesen prohibido los vibradores..., quizá salía del paso con uno de esos, pero con los dedos solos, mucho no se puede hacer... (Ríe)

Miguel —¿Ella qué dijo? (Jocosos). ¿Está al tanto de toda ésta indecencia?

Lucio —Sí, está al tanto. Lo tomó mejor de lo que me imaginaba.

Patricia —(Manoseando a Migue). Debe ser porque yo a veces le cuento cómo nos matraquea Migue.

Julia —Siempre tan reservada.

Patricia —Y bueno, yo que sabía. Igual, generalmente exagero.

Miguel —(A Pato). Cómo si hiciera falta. (A Lucio). ¿Felicia está en tu casa?

Catalina —No vas a ir a encamarte ahora...

Patricia —(Gozándola). ¡Upa! ¿Qué se siente? ¿Eh?

Catalina —(Sin responderle a Pato. A Migue). Es mi semana, Migue.

Miguel —Pero, paren, che. ¿Qué se piensan? No voy a ir a hacer nada. Quiero hablar con ella, así ya voy arreglando el almanaque marital tranquilo. Mientras antes resuelva el problema, mejor.

Además, con el laburo, en la semana se me va a complicar pasar por allá.

Lucio —¿Vamos para casa y hablás con ella?

Miguel —Dale, vamos. ¿Nos acompañan?

Julia —¿Por qué no hablas antes con Dalila?

Miguel —Porque está en capilla. Y además ya votaron tres de cuatro. Ganó la mayoría. Vamos.

Patricia —¡Me excitás cuando te ponés democrático! Esperá que me pongo las zapatillas. (Sale).

Catalina —¿Pero vamos así nomás?

Miguel —Sí, así no más. Vamos y venimos.

Catalina —Esperá que me paso un peine, por lo menos. (Sale).

Lucio —(A Julia y a Migue). Les pido disculpas. Venir un domingo a joder así. Y después del casorio...

Miguel —No hay problema. De todos modos, debo confesarte que, con Felicia, me ganaste de mano. La tenía en vista para tercera esposa. Pero me cagaste... Me tenía loco en esa época.

Lucio —¿En serio?

Julia —Sí, en serio. Me tenía podrida hablándome de Felicia.

Lucio —Qué irónico el destino.

Miguel —Sí, me dio una segunda oportunidad.

Catalina —(Entrando). Mejor así. Porque si no, no te hubieras podido casar conmigo. (Mostrándose). Y el bombón que te perdías.

Miguel —Mejor así, entonces. (La besa). Cuatro mujeres y yapa.

Patricia —(Entrando). Vas a tener que empezar a empastillarte.

Miguel —Esperemos que no haga falta.

Patricia —(A Julia que está en camisón). ¿Vos vas a ir así?

Julia —No, yo me quedo. No me siento del todo bien.

Miguel —¿Segura?

Julia —Sí, vayan tranquilos.

Patricia —Bueno, mejor. Si Julia no viene, tengo a Lucio para mi solita.

Lucio —Ojalá pudiera satisfacerte.

Patricia —¿Qué me das si te vuelvo a hacer hombre?

Lucio — (Todos saliendo). Creo que nunca lo fui. (Salen riendo).

ESCENA 03

(Julia los observa salir. Se sienta en la mesa y se ceba un mate)

Julia —¡Dalila, vení que ya se fueron todos!

Dalila —(Desde afuera) ¿Adónde fueron?

Julia —Salieron a pasear, parece.

Dalila —(Entrando triste). ¿Y vos te quedaste?

Julia —Sí. No me siento muy bien. Me duele el estómago.

Dalila —Te quedaste porque me viste mal, decí la verdad.

Julia —Sentate. (Se sienta). ¿Qué te pasa? Contame.

Dalila —No sé muy bien, es muy extraño...

Julia —No estás mal solamente por Cati... ¿no? (No quiere contestar). ¿De dónde venías hoy?

Dalila —De ver a Damián.

Julia —¿Damián? (Empieza a comprender). ¿Cómo anda?

Dalila —Bien, creo que bien.

Julia —¿Sabés por qué no vino? (Ella hace que no con la cabeza). ¿Segura?

Dalila —(No contesta. Silencio). ¿Vos estás enamorada de Migue?

Julia —Sí, mucho.

Dalila —(La mira a los ojos por primera vez). Jurameló.

Julia —Te lo juro por mí misma. Sé que es el hombre de mi vida, aunque lo tenga que compartir con todas ustedes.

Dalila —¿Harías cualquier cosa por él?

Julia —Daría mi vida por él. (Silencio). ¿Qué te pasa? ¿Vos no estás enamorada de Migue?

Dalila —No, me parece que no.

Julia —¿Es Damián? (Dalila se larga a llorar entre sus brazos.

Julia se levanta y la abraza). Mi chiquita, mi chiquita.

Dalila —(Entre sollozos). ¿Qué voy a hacer Julia?

Julia —Tranquila, tranquila. (Dalila se tranquiliza de a poco.

Julia la suelta y le ceba un mate). Tomá, tomate un mate.

Tranquila. Ya lo vamos a resolver.

Dalila —¿Cómo lo vamos a resolver?

Julia —¿Sabe que estás enamorada de él?

Dalila —A la tarde me besó... (Julia se queda congelada) ...en la boca..., estábamos en la plaza...

Julia —¿En la plaza? (Desesperada). ¿Alguien los vio?

Dalila —No sé. Creo que no.

Julia —Hablalo con Migue. Quizá pueda ayudarte...

Dalila —¿Estás loca? Me va a matar, si se entera. Prometeme que no le vas a decir nada a Migue.

Julia —De mi boca nadie se va a enterar. No te preocupes.

Dalila —¿Qué voy a hacer?

Julia —Esperar. Quizá algún día las leyes cambien y bueno...

Dalila —No puedo esperar. ¿Qué decís? ¿Por qué me besó? ¿Por qué?

Julia —¿Hubieses preferido que no te hubiese besado?

Dalila —(Pensando). No. Me encantó que me besara. Pero ahora... Ahora quiero besarlo más ¿Entendés? Y no se puede eso... No se puede.

Julia —No sé qué decirte, nena. No tengo una solución para darte.

Dalila —No importa. Igual me hizo bien contarteló. Gracias. (Se abrazan. Apagón).

ACTO 06

ESCENA 01

(Es de noche. Casa de Damián. Está muy nervioso. Está tomando mates. Golpean a la puerta).

Damián —(Abriendo la puerta). ¿Qué hacés, Lucio? Pasá. Gracias por venir. Muchas gracias.

Lucio —¿Qué te pasó? Me asustaste con el llamado.

Damián —Disculpame. Te desperté... ¿no?

Lucio —¿Y qué te parece?

Damián —Disculpame, en serio.

Lucio —Dale, decime.

Damián —¿A qué hora entras a la oficina?

Lucio —A las ocho.

Damián —¡Uy! Debés tener ganas de matarme.

Lucio —Se me fueron yendo mientras venía para acá.

Damián —Te entiendo...

Lucio —(Qué necesita contar su secreto). ¿Por qué no fuiste hoy a la tarde?

Damián —Se me complicó.

Lucio —¡No sabés lo que te perdiste!

Damián —(Sin escucharlo). No pude ir. ¿Te cuento o no?

Lucio —(Ofendido por su desinterés). Parece que es muy urgente.

Damián —Y sí, por qué te creés que te hice venir a esta hora. Sentate, por favor.

Lucio —(Ya intrigado). Dale. ¿Qué pasó? Contame de una vez.

Damián —(De sopetón). Estoy enamorado de Dalila.

Lucio —¿Qué?

Damián —Sí, lo que escuchaste.

Lucio —¿Estás enamorado de Dalila?

Damián —Sí, eso es lo que te esto diciendo.

Lucio —Pero... ¿Desde cuándo?

Damián —Hace bastante...

Lucio —¿Y ella?

Damián —No, ella creo que no. Al principio pensé que sí, que algo había..., pero después, cuando la besé en la plaza, salió corriendo.

Lucio —(Cada vez más estupefacto). ¿La besaste?

Damián —Sí, la besé.

Lucio —¿En la plaza?

Damián —Sí, se dio así. La tenía tan cerca... Soy un boludo. Cagué todo. Necesito que me ayudes.

Lucio —¿Vos estás mal de la cabeza? ¿Vos querés que Miguel te cague a trompadas? ¿Y si te denuncia? ¿Vos te das cuenta que los milicos te pueden llegar a encerrar? Y ya sabés que a los milicos nunca les alcanza con eso solo...

Damián —(Irónico). Vos sí que sos un amigo. Me das una tranquilidad bárbara. Muchas gracias.

Lucio —¿Qué tranquilidad querés que te dé? ¡Estás loco! (Resentido). ¡Te mandaste la peor cagada del mundo! ¡Reconocelo!

Damián —Si enamorarse de una mujer casada, es mandarse la peor cagada del mundo, sí, me la mande. Y me la banco.

Lucio —Enamorarse de una mujer casada no es una cagada; decirlo es una cagada. ¿Sabés lo que te pueden llegar a hacer? Te lo digo por tu bien, boludo. No quiero que te pase nada.

Damián —¿Vos estás enamorado de Felicia?

Lucio —¿Por qué me preguntás eso?

Damián —Porque sé que no lo estás.

Lucio —(Herido). ¿Qué sabés vos?

Damián —No sé... Lo sé. Es algo que percibo.

Lucio —(Ofendido) ¡Anda a la concha de tu madre! (Saliendo)
Si sabía que me había despertado a la una de la mañana para que me humillen, me queda durmiendo.

Damián —Pero es que no me entendés, Lucio.

Lucio —Sí te entiendo, forro; te entiendo mejor que nadie. Yo también estoy enamorado de otra persona. Pero a diferencia tuya, me la banco callado; porque sé que si abro la boca, voy a hacer mierda a un montón de gente que quiero. ¿Entendés?

(Suena el portero. Damián sale a atender. Vuelve a entrar). Es Dalila. Vino Dalila. Y está subiendo.

Lucio —Entonces me voy. No pienso ser cómplice de todo esto.

Damián —(Se queda callado. Silencio). ¿De quién estás enamorado, Lucio? (Lucio se muere por decirlo. Se reprime. Sale dando un portazo. Damián se queda sólo. Comienza a acomodar todo durante unos treinta segundos).

ESCENA 02

Damián —(Golpean la puerta). Pasá. (Entra) ¿Qué hacés a esta hora acá? ¿Estás loca? ¿Alguien te vio salir?

Dalila —Tranquilizate. Nadie me vio. Tenía que hablar con vos. Estuve pensando mucho.

Damián —Yo también estuve pensando. Pero mejor... ¿Por qué no hablamos mañana? No quiero que corras peligro.

Dalila —No, Damián. Vamos a hablar ahora.

Damián —Está bien. Sentate.

Dalila —Gracias.

Damián —Dali, te pido disculpas. No sé por qué te besé.

¡Imaginate si nos veían! ¡Imaginate si alguien nos reconocía!

Dalila —(Se para y lo besa apasionadamente). Te amo. Perdoná que me fui sin decirtelo. En ese momento no lo sabía. (Intenta volver a besarlo y él la aparta).

Damián —Pará, Dalila. Ésto está mal. ¿No te das cuenta? Vos tenés a Miguel. Yo no puedo ser tan necio. Por más que te ame, yo no puedo...

Dalila —(Interrumpiéndolo). Es una decisión tomada, Damián.

Damián —¿De qué estás hablando? ¿Qué decisión?

Dalila —Vamos a hacer el amor.

Damián —(Ella se saca el pullover). ¡Pará, Dalila! En serio. (Ella lo acorrala lo sienta en una silla). No le podemos hacer esto a Miguel.

Dalila —(Se sigue desvistiendo.) Miguel la está pasando muy bien, vos no te preocupes. Yo sé lo que hago.

Damián —Pero es ley.

Dalila —Ya me harté de la ley. (Se sienta sobre él y lo besa. Él cede. Apagón)

ACTO 07

ESCENA 01

(Casa de Migue. Amanecer. Julia está sentada a la mesa sola, tomando mate, está aturdida emocionalmente. Escucha la radio. Entra Pato).

Patricia —¿Qué hora es?

Julia —Las seis.

Patricia —¿Qué hacés despierta a la seis de la mañana?

Julia —¿A qué hora te tenías que levantar vos para ir a la escuela?

Patricia —A las ocho. Entro a dar clases más tarde los lunes... ¿no te acordás?

Julia —¡Ah! Cierto.

Patricia —¿Dónde se fue Dalila tan temprano?

Julia —Dalila no durmió en casa.

Patricia —(Asombradísima). ¿Qué? ¿A dónde está?

Julia —No sé.

Patricia —¿Y estas ahí sentada tan tranquila? (Ve que no le contesta. Sale para la pieza de Miguel. Todo desde afuera).

Miguel, Miguel... ¿Vos sabés dónde está Dalila?

Miguel —¿Qué pasa, Patricia? ¿Qué hora es?

Patricia —Las seis.

Miguel —Sabés que no podés entrar así a la pieza.

Patricia —¿Sabés dónde está Dalila? ¿Sí o no?

Miguel —Durmiendo... ¿Dónde va a estar a esta hora?

Patricia —En la pieza no está. Dice Julia que no durmió acá.

Miguel —¿Cómo que no durmió acá?

Patricia —Vístansé los dos y vengan para el comedor, por favor. (Entrando) ¿Dónde estará ésta pelotuda? Todas de alguna

manera sufrimos la llegada de Catalina. Pero esto es el colmo. ¿Dónde habrá dormido? ¿Y qué te pasa a vos que no decís nada?

Julia —Estoy tomando mates.

Miguel —(Entrando. A Pato). Podrías haber golpeado.

Patricia —Perdón, su señoría. Pensé que lo estaba despertando por un motivo urgente.

Miguel —Lo que sea.

Patricia —¿Sabés por qué hace éste escandalete? Porque vi a Catalina en bolas. Cómo si yo nunca hubiese visto a una mina en bolas.

Miguel —Basta, Patricia. ¿Dónde está Dalila?

Patricia —No sabemos. Sino no te hubiese despertado.

Miguel —¿Nadie la escuchó salir?

Julia —(Muy tranquila). Yo la escuché salir a la una de la mañana.

Patricia —¿A la una de la mañana?

Catalina —(Entrando). Tranquilicé. Ya va a volver.

Miguel —La que le espera cuando vuelva.

Catalina —Se debe haber puesto nerviosa con mi llegada.

(Habla para distraerlos. Igual todos siguen nerviosos y apenas la escuchan). Leí en un libro sobre la ley, que la llegada de una nueva esposa a la familia, suele generar lo mismo que les pasa a los chicos cuando saben que van a tener un nuevo hermanito.

Comienzan a disputarse el amor del esposo como si fuese el amor de los padres para un chico...

Patricia —¿Y cuándo se pasa el trastorno ese?

Catalina —Cuando la esposa se adapta a la nueva conformación familiar. Cuando se da cuenta que seguirá siendo amada de todas formas.

Julia —(A Miguel). Quizás no se sintió amada y se fue.

Miguel —¿Qué decís, Julia? ¿Desde cuándo me venís con estos planteos, vos? Creo darles todo lo que puedo.

Julia —Somos muchas. Eso a veces no alcanza.

Catalina —Y a veces sobra, y se las sobreprotege. Y eso también está mal. ¿O no?

Patricia —(Ya podrida de la situación. A Cata). ¿Y cuál sería el equilibrio, entonces?

Catalina —No sé.

Patricia —(Irónica). ¿Eso no estaba en el libro, pelotuda?

Miguel —¡Patricia! ¡Respeto, por favor! (A Julia). Julia... ¿Por qué no llamas a dónde vos creas que puede estar? (Julia afirma y luego se levanta a llamar. Sale).

Catalina —(Abrazándolo a Migue). Ya va a aparecer, mi amor. (Lo besa).

Miguel —Eso espero. (Sale para el baño). Voy al baño.

Patricia —(Se quedan las dos solas, se miran. A Cata). Perdona nena. No quise ser hiriente.

Catalina —Está bien. De todas formas, ya me estoy acostumbrando a esta situación de mierda, de tener que pagar el derecho de piso.

Patricia —Perdón... No sabía que era para tanto...

Catalina —Está bien. Vos sabrás. Fijate.

Patricia —Sé que a veces me paso, pero no sabía que te jodía tanto. Disculpame.

Catalina —¿Qué es? ¿Envidia? Desde que les dijo que me echo cinco estas que reventás de la envidia... ¿Es eso?

Patricia —(No sabe qué contestar) Puede ser..., no se... ¿En serio fueron cinco?

Catalina —Ni más ni menos. Cinco.

Patricia —Entendemos. Es que, con nosotras, uno y olvidate.

Catalina —Quizá conmigo descubrió cosas que con ustedes no. A mí me encanta experimentar. No le digo que no a nada.

Patricia —(Embroncada) ¿Qué le hiciste?

Catalina —Yo soy toda suya. Soy esa fantasía que con ustedes nunca pudo cumplir. Les puedo jurar que mientras les hacía el amor a ustedes, soñaba conmigo; aún antes de conocerme.

Patricia —(Está por explotar). ¿Qué querés decir? ¿Que yo no lo excito?

Catalina —Es lo que parece. Recién en la pieza me viste desnuda. ¿Creés que podés competir conmigo?

Patricia —(Exaltadísima). ¡No sabés con quién te estás metiendo, chiruza de mierda!

Miguel —(Entrando). ¡Basta Patricia! ¿Qué son esos gritos?

Catalina —Yo fui la culpable, Miguel. Es normal que discutamos, lo sabés bien.

Miguel —(Mostrando un test de embarazo). ¿Qué es esto? ¿De quién es?

Patricia —(Agarrándolo). ¿Un test de embarazo?

Miguel —Sí, estaba en el baño.

Patricia —Parece que dio positivo.

Julia —(Entrando) Dalila ya viene para acá, está en viaje.

Miguel —¿Dónde estaba?

Julia —Prefiero que te lo diga ella.

Miguel —Decime dónde estaba, Julia. (Julia se sienta a tomar mate de vuelta. Migue la va a encarar y Julia lo mira fijamente a los ojos. Migue no se atreve a decirle nada). Esperemos que nos diga ella entonces.

Patricia —(A Julia). ¿Esto es tuyo?

Julia —¿Qué es eso?

Patricia —(Se lo muestra mejor). ¿Es tuyo o no?

Julia —(Lo agarra y lo mira. Es la gota que rebalsó el vaso). No Patricia, lamentablemente no es mío. (No lo puede creer).

Lamentablemente no es mío.

Miguel —Debe ser de Dalila. Por eso se fue.

Patricia —(A Migue). Pero no es justo. Primero era Julia la que tenía que quedar embarazada, y después yo. ¿Sabés el tiempo que hace que estamos esperando tener un hijo tuyo? ¡Esto no puede ser de ninguna manera!

Miguel —Pero... ¿Qué te creés? ¿Qué yo sabía que no se estaba cuidando?

Catalina —Migue no tiene la culpa. Falta que él tenga que controlar si tomamos los anticonceptivos. Somos grandes, Patricia. Me extraña que salgas con esa pelotudez.

Patricia —¿Veo querés que te cague a trompadas? (La encara).

Miguel —Por favor, chicas. Por favor.

Patricia —Yo la conozco a Dalila. Sí fue ella, seguro que no lo hizo a propósito. Se habrá olvidado de tomar alguna pastilla. Sabés que es una colgada.

Miguel —(Agresivo) ¡No es excusa! (Para sí). ¡Esto no puede estar pasando! ¡No se da una idea la que le espera!

Patricia —(A Migue viendo que se violenta) Tratala bien cuando llegue, Miguel, haceme el favor. Perdonala.

Miguel —¿Cómo querés que la perdone? Quedó embarazada siendo la tercera esposa; y, como si fuera poco, no durmió en la casa de su marido. ¿Sabés lo que me harían los milicos si se enteran que permití esto?

Patricia —Sí, se lo que te harían. Pero los milicos, no tiene porqué enterarse. Lo que quiero que entiendas es que, si la agredís, se va a ir a la mierda, en serio, y no va a volver nunca más. Sabés cómo es Dalila.

Miguel —No te preocupes que no se va a ir ningún lado. Espera que la agarre.

Patricia —Yo ya te advertí. Vos sos quien da las órdenes acá adentro.

Julia —Y es ley.

Miguel —¿No entienden la gravedad del asunto?

Catalina —(Asombrada por la extrema reacción de Miguel).
Tranquilízate. Hablando lo vamos a resolver. Como familia...
¿Te parece? (La mira a Pato Irónica).

Miguel —Nada de familia. Esta piba necesita disciplina.

Patricia —¡Pará un cacho! ¡Pareces el general Labriega!

Miguel —No me vengas con pelotudeces, Patricia.

Catalina —¿Qué importa de quién sea el primer hijo? Lo importante es que ésta familia ya tiene su primer bebé. ¿O no? Es lo mismo quien haya sido la primera.

Patricia —No es lo mismo. Le tocaba a Julia. ¡A Julia! Y después a mí. Faltaba mucho, pero mucho tiempo para que le tocara a Dalila.

Julia —(Que entendió la indirecta de Cati). Cati tiene razón, es lo mismo.

Patricia —¿Qué decís, Julia? ¿Enloqueciste vos también, ahora?

Julia —Lo único importante es que ese hijo sea de Migue.

(Mirando a Miguel).

Miguel —(Se queda helado). ¿Vos qué querés decir?

Julia —Quiero decir lo que dije.

Miguel —(Intentando reprimirse). ¿Podrías explicarte mejor?

ESCENA 02

(Silencio. Entra Dalila. Silencio mortuario)

Dalila —Buen día.

Miguel —¿Dónde estabas?

Dalila —En lo de Damián.

Patricia —¿Qué?

Miguel —¿Qué hacías en lo de Damián?

Dalila —Dormí con él.

Miguel —¿Cómo?

Julia —(Parándose). Que durmió con él, te está diciendo. Que hizo el amor con Damián. Que está enamorada de Damián.

Miguel —No te metas en esto, Julia. (A Dalila) ¿Hiciste el amor con Damián? (Exaltadísimo). ¿Cogiste con Damián, hija de puta?

Dalila —Sí, toda la noche.

Miguel —(Intenta atacarla, pero Julia se pone en el medio). Puta de mierda. Estás embarazada de Damián. Voy a ser que te fusilen. Que los fusilen a los dos.

Julia —(Se lo saca de encima). Entonces que me fusilen a mí también.

Miguel —Salí de acá, Julia. Esto no es con vos. Te dije que no te metas.

Julia —Desde que me casé con vos que estoy metida en esto. Aguanté todo. Aguanté la ley y te aguanté a vos. Porque te amaba, y porque te amo. Pero esto es absurdo. Que la ataques a Dalila, porque se enamoró de otra persona, cuando vos tenés a cuatro esposas, sin amar ni siquiera a una... Disculpame. Pero no te lo voy a permitir.

Miguel —Es la ley.

Julia —¡Me cago en la ley! Mi amor vale más que la ley, y no lo supiste ver. Nunca lo supiste ver. Te fui incondicional por muchísimos años. ¡Pero ya no! ¡Se acabó, Miguel! ¡Se acabó!

Miguel —(Justificándose). Pero es mi esposa.

Julia —¿Y por eso no se puede enamorarse de otra persona? Creeme que debe ser muy fácil enamorarse de otro, cuando tu esposo se la pasa encamado con otras mujeres.

Miguel —Pero le di todo lo que necesitaba, nunca le faltó nada.

Julia —Vos no le diste todo lo que necesitaba. Damián le dio todo lo que necesitaba.

Miguel —No se los voy a perdonar nunca.

Dalila —¿Y quién te está pidiendo perdón?

Miguel —Callate, puta.

Julia —(Encarándolo). Nunca más vuelvas a decirle eso a Dalila. Nunca más. ¿Me escuchaste? (Miguel no responde). ¿Me escuchaste?

Catalina —¿Podemos tranquilizarnos un poco, por favor?

Patricia —Dalila. ¿Es tuyo o no es tuyo el test de embarazo?

Dalila —No, mío no es.

Miguel —Mentirosa.

Julia —El test de embarazo es de Cati.

Miguel —¿Qué decís?

Julia —Que te lo niegue.

Miguel —(La mira a Cati). ¿Estás embarazada, Cati? (No responde).

Patricia —(La zarandea a Cati). Contestá, carajo. ¿Estás embarazada de Miguel?

Catalina —Sí.

Patricia —Trepadora hija de puta. ¿Cómo no me di cuenta? Estaba delante de mis ojos. ¿Pero cuándo? ¿Cuándo pasó? ¿No me vas a decir que quedaste embarazada en la luna de miel?

Julia —Tenés que entender que, Miguel, antes de la luna de miel, necesitó ensayar un poco.

Patricia —Pero si la ley dice que es ilegal.

Julia —Es eso, o el bebé es de otro padre.

Catalina —No. El bebé es de Miguel. Hace meses que venimos acostandonós. (Silencio.)

Patricia —Pero... ¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Esta familia no da para más!

Miguel —Es así. Disculpenmé, chicas.

Dalila —Parece que en esta casa la ley es tan sólo para algunos.

Miguel —Cati me juró que se cuidaba. ¿Por qué no te cuidaste, Cati?

Catalina —Porque quería ser la primera. Porque me casé con vos y tengo derecho a tener un hijo tuyo.

Miguel —Pero, ya lo ibas a tener.

Catalina —Lo quería ahora. Me lo merezco. Merecía ser la primera. Porque fui la única que te dio todo lo que necesitabas. Reconocelo. Estabas casado con tres mujeres y, sin embargo, necesitabas escaparte de la oficina todas las tardes para encontrarte conmigo. Para encamarte conmigo. Reconocelo. Sabés que soy la única que te dio todo lo que necesitabas.

Miguel —Eso no te da derecho a nada.

Catalina —No estoy de acuerdo.

Miguel —No me importa si estás de acuerdo o no. Acá “yo soy el que decide” como son las cosas.

Catalina —Bueno. Entonces, ya que te gusta tomar tanto las decisiones, anda pensando cómo se va a llamar nuestro primer hijo.

Dalila —Yo me voy. No tengo más nada que hacer en esta casa ¿Me vas a dejar ir o me quedo esperando a los militares?

(Miguel no contesta. Se sienta en la silla)

Patricia —¡Andate, Dalila! ¡Andate con Damián! Acá nadie va a decir nada. (Dalila se abraza con Julia y después con Pato y se va)

Catalina —Pero... ¿Cómo se va a ir? ¡No la dejen ir!

Patricia —Si no te callás de una puta vez, te voy a arrancar uno a uno los dientes, la concha de tu madre.

Miguel —(Silencio) ¡Vayansé!

Catalina —Migue...

Miguel —¡Vayansé todas!

Catalina —(Abrazándolo). Tranquilo mi amor.

Miguel —(La empuja lejos de él). Andate, hija de puta.

Vayansé, les dije. (Cata se queda asombrada)

Patricia —(Agarra a Cata por el brazo). Vamos. (Cata se deja llevar. Comienzan a salir. Ve que Julia se queda). Vamos Julia.

Julia —¿Adónde van?

Patricia —A lo de Lucio. Vamos. (Julia se para y comienza a caminar hacia la puerta).

Miguel —(Sin mirarla.) Perdoname, Julia. Perdoname por todo. (Julia se frena).

Patricia —Vamos...

Julia —Vayan, ahora los alcanzo. (Pato entiende. Julia va y se sienta en el otro extremo de la mesa. Se ceba un mate y lo toma. Migue toma voluntad se levanta de la silla y va hasta Julia. Se pone a llorar en su falda tirado en el piso. Julia le acaricia la cabeza) Bueno, ya está, ya está... Ya va a pasar. (Arranca canción de cierre. Se quedan ambos en penumbras. Apagón. Sigue sonando la canción)

FIN